





Inteligencia y amor

*Cómo lograr que tu cerebro
y tu corazón sean aliados*



Sergio Sinay

Inteligencia y amor

*Cómo lograr que tu cerebro
y tu corazón sean aliados*

EDICIONES URANO

Argentina – Chile – Colombia – España – Estados Unidos

México – Perú – Uruguay – Venezuela

Sinay, Sergio
Inteligencia y amor. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Ediciones Urano, 2015.
176 p. ; 21x14 cm.
ISBN 978-950-788-217-3
1. Autoayuda . I. Título
CDD 158.1

Dirección editorial: Anabel Jurado
Coordinación editorial: Fernanda Argüello
Producción: Andrea Cvitanic
Corrección: Andrea Morales
Composición de interior: Macarol Stambuk MZMS
Diseño de tapa: Gomo - Estudio de diseño

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2015 by Sergio Sinay
© 2015 by EDICIONES URANO S.A. - Argentina
Paseo Colón 221 – C1063ACC – Ciudad de Buenos Aires
info@edicionesurano.com.ar
www.edicionesurano.com.ar

1ª edición

ISBN 978-950-788-217-3
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Arcángel Maggio – División Libros,
Lafayette 1695 (C1286EAC), Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Julio de 2015

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

*Para Oliverio, bienvenido a la vida
a la que fuiste traído con amor.*

*Para Camila e Iván, infatigables
creadores de vida y amor.*

*Y, como siempre, para Marilen,
mi inspiración, mi amor.*



Índice

Capítulo 1

*La felicidad amorosa de unos y la
infelicidad de otros 11*

Capítulo 2

El encuentro de la inteligencia y el amor..... 27

Capítulo 3

La inteligencia amorosa en el mundo real..... 43

Capítulo 4

*Amar con responsabilidad, aceptación
y valores..... 59*

Capítulo 5

*La matemática del amor: sumar razones,
emociones y sentimientos 75*

Capítulo 6

*Construir rituales y convivir
con los misterios 93*

Capítulo 7

*El amor más allá de los géneros, un desafío
para inteligentes..... 107*

Capítulo 8

Al encuentro de la sexualidad perdida..... 125

Capítulo 9

Finales inteligentes..... 141

Capítulo 10

El matrimonio del cerebro y el corazón..... 157

«Si queremos un mundo de paz y de justicia hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor».

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

CAPÍTULO 1

La felicidad amorosa de unos y la infelicidad de otros

A pesar de todo, hay parejas felices.

¿Por qué a pesar de todo? Porque, como ya había detectado hacia 1939 el filósofo suizo Denis de Rougemont (1906-1985) en *El amor y Occidente*, un tratado clásico, apasionante y certero, «el amor feliz no tiene historia».¹ Es así. Tanto en la literatura como en el cine, en el teatro, en la canción o en la leyenda trascienden y se immortalizan las historias de amor dolorosas,

¹ Denis de Rougemont: *El amor y Occidente*, Kairós, Barcelona, 1981.

signadas por el obstáculo, el peligro, la prohibición. Parecería ser que si no conllevan sufrimiento no son historias de amor. Y si culminan felizmente están condenadas a la medianía o el aburrimiento. «Solo el amor mortal es novelesco –añade de Rougemont–, es decir, el amor amenazado y condenado por la propia vida.» Sin ir más lejos, solemos considerar livianas y pasatistas a las comedias románticas que terminan bien, y las olvidamos pronto, mientras guardamos y recordamos una y otra vez obras como *Casablanca*, *Romeo y Julieta*, *Titanic*, *Los puentes de Madison*, por nombrar unos pocos íconos del paradigma amoroso occidental que, como advierte el filósofo suizo, no cambia demasiado a lo largo de los siglos.

Hay más heridos en los campos de batalla del amor que en todas las guerras declaradas y no declaradas. Muchos de esos heridos se confiesan «enamorado del amor». Están seguros de haber amado mucho. Y los une una característica común. Sus relatos románticos, la mayoría de las veces nostálgicos o melancólicos, se refieren al pasado, hacen referencia a personas, situaciones o relaciones que *fueron*. Y si se centran en el presente es muy común que describan la imposibilidad de un encuentro. Ante todo, la imposibilidad. Bien lo saben los terapeutas, los astrólogos, los tarotistas, los amigos que ofrecen escucha y hasta los hechiceros y curanderos. De hecho, si se presta atención a

las conversaciones que remiten a vínculos afectivos (noviazgos, matrimonio), no será extraño advertir que las personas tienden a hablar de sus frustraciones y sufrimientos amorosos, a quejarse de sus parejas o de su suerte, antes que a describir escenas o situaciones de bienestar sentimental.

Pareciera que hablar de experiencias de buen amor resultara aburrido, insípido, demasiado breve quizás para toda una sesión de terapia o un largo café con un amigo o amiga. Por otra parte, ¿qué aconsejarle a quien está en una buena relación de amor? ¿Cómo prolongar el tema? Un buen amor se vive y los hechos reemplazan a las palabras. El amor sufriente, en cambio, se añora. Las palabras, las letanías, los pensamientos en voz alta ocupan el inmenso vacío de lo que no está. También existe el temor, muchas veces declarado, a que confesar el propio bienestar amoroso pudiera despertar envidia en quienes escuchan. Y nada bueno suele nacer de la envidia.

Amor sin sujeto

¿De veras se puede estar enamorado del amor? ¿Será este el famoso amor ciego? Es posible, porque cabe preguntarse a quién ama el enamorado del amor. Acaso a un amado ideal, que una y otra vez se demuestra

dolorosamente inexistente. Acaso a su propia ilusión. Acaso a la imagen que construye de sí mismo como de un ser profundamente sensible. El amor tiene siempre un objeto, alguien a quien se dirige (y desde quien se lo recibe), un faro que lo lleva a buen puerto. La palabra «objeto» define a algo o alguien que es motivo de la acción, la atención o el pensamiento del sujeto. En el caso del amor, paradójicamente, ese «objeto» es, a la vez, un sujeto. Es objeto en tanto guía el vector afectivo de quien ama y es sujeto en cuanto toda relación de amor se da entre sujetos. Sub-jetos, podríamos decir. Individuos dotados de una subjetividad propia e intransferible. ¿A quién ama, entonces, el enamorado del amor si el amor, presentado así, es una abstracción, en la que se diluyen los sujetos? Aunque la formulación «enamorado del amor» suene poética, evoque una vasta sensibilidad e invite a imaginar un corazón enorme y generoso, no disimula, sin embargo, la ausencia de una real experiencia amorosa o la repetida frustración en la construcción de la misma.

El problema es que esa fórmula ha logrado imponerse, ha logrado cierto glamour, y hay quienes hasta preferirían ser unos dolientes enamorados del amor antes que no haber sufrido nunca por ese sentimiento. Como quien preferiría haber perdido un brazo en la guerra antes que no haber ido nunca a un campo de batalla. Quizás esa necesidad obedezca a que, como sostienen

los sociólogos alemanes Ulrich y Elisabeth Beck, «el amor es la religión después de la religión». Según ellos «el afán por el amor representa el fundamentalismo de la modernidad», y hasta quienes rechazan el fundamentalismo religioso caen en este extremismo amoroso. En la era de la ansiedad, de la fugacidad, de la precariedad emocional, de la tecnología utilitaria y sin brújula moral, de la incertidumbre acerca de la propia existencia (¿necesitaría tanta gente publicitar en las redes sociales hasta los actos más nimios de su vida si estuviera segura de que existe?), de los vínculos a distancia y control remoto, del sexo sin cuerpos (y de la reproducción sin sexo), en la era, en fin, del desamor y la alexitimia (incapacidad de percibir los propios sentimientos, de describirlos y de conectar con ellos), tiene lógica la idea de los Beck según la cual hay un ansia tardía de redención y cariño que puede, y suele, terminar en formas tardías y amargadas del amor. «Los puentes levadizos están subidos –dicen–, porque parecen la mejor protección contra más vulneraciones insoportables.» Así, enamorarse del amor parece más seguro que ir al encuentro de una persona real. Real, no imaginaria, no ilusoria. Esto significa no confundir al otro con quien uno desearía que fuera.

Y también esto requiere salir de lo que considero un romanticismo irresponsable. La responsabilidad, valor fundacional en los vínculos, consiste en hacerse

cargo de las consecuencias de los propios actos, conductas, decisiones y elecciones. Esto significa responder, y de allí deviene responsabilidad. No se trata de respuestas simbólicas, sino efectivas, tangibles. Hay que hacerlo con actitudes, con acciones, con presencia. La responsabilidad no admite delegación y es siempre individual. Se responde ante el otro, ante los otros. Donde hay responsabilidad retrocede la culpa. En efecto, ya no es necesario buscar culpables sobre quienes descargar las consecuencias de acciones propias. El responsable remplaza al culpable y esto aligera las cargas, sana las heridas, repara vínculos. Al mismo tiempo, en donde hay responsabilidad crecen la libertad y la confianza. La libertad porque quien está dispuesto a hacerse cargo de las consecuencias de sus acciones y decisiones tendrá siempre, llegado el momento, un espectro más amplio de elecciones posibles. Y desde que somos seres condicionados (por el tiempo, el espacio, el cuerpo, la historia, la economía, las circunstancias, lo imponderable, lo aleatorio y también, y sobre todo, por el otro) estamos condenados, si se me permite decirlo así, a elegir, a decidir. No podemos todo, vivimos entre límites. Eso le da valor a nuestra vida, a nuestros actos, a nuestros afectos, a nuestras elecciones, en fin. En cuanto a la confianza, cuando las personas que conviven en cualquier ámbito o vínculo (laboral, familiar, de pareja, de vecindad, como ciudadanos, etcétera)

demuestran ser responsables a través de sus actos, no de sus declaraciones, nace entre ellas la confianza. No solo nace, se consolida, crece, cementa la relación.

Irresponsabilidad y pereza

El romanticismo irresponsable va por una vía diferente. Quienes lo padecen dejan todo en manos del amor, que es como decir en manos del azar. Creen en la «magia» del amor y en que basta con declararlo o «sentirlo» para que todo marche sobre rieles, para que los deseos se cumplan, la pasión sea perenne y ninguna nube asome en el cielo de los enamorados. Creen en las almas gemelas, en las medias naranjas, en comer perdices y en el encuentro inevitable con un ser que los astros, el destino o alguna ley misteriosa (como la de la atracción, por ejemplo) les han destinado. Este tipo de romanticismo dispensa de toda responsabilidad, la transfiere, como señalé, a los astros, al destino, a la magia y los hará culpables (también a la suerte) de cualquier decepción, dolor, desencanto o desilusión. En el ínterin no habrá habido trabajo, reflexión, ensayo y error. Es, sí, el legendario «amor ciego» (primo hermano del amor a primera vista, que en verdad ve poco), en el cual el otro jamás es mirado y apenas si resulta el boceto de un deseo propio. Y, habrá que repetirlo una y otra vez, es muy difícil, si no

imposible, construir amor sin que ese sentimiento, esa energía, le llegue al otro a través de actos concretos y sin que esos actos respondan a la necesidad amorosa del destinatario.

Quienes se entregan al romanticismo irresponsable olvidan mirar al otro, registrar quién es, oír como necesita ser amado y comprobar si son capaces de amarlo de esa manera, si será necesario un aprendizaje o si, definitivamente, resultará imposible. Tampoco detectan si están recibiendo amor, o si lo están recibiendo del modo en el que lo necesitan (acaso porque olvidaron preguntarse de qué manera se sentirían amados, y olvidaron decirlo). Les basta con imaginar que sí, con vivir en la frágil burbuja de la ilusión. El problema es que cuando la burbuja se rompe y todo se desvanece en el aire no hay quien asuma las consecuencias. Todo es lamento y culpa. A veces solo sufre el romántico irresponsable, pero a menudo quien sufre es aquella persona que lo desilusionó o que resultó no ser ni su alma gemela ni su media naranja. Y este romanticismo no da respuesta a ese sufrimiento. También es frecuente que el romántico irresponsable no se haga cargo del tiempo y la atención que requirió de otros (amigos, familiares, conocidos) a quienes involucró en su historia, ya sea agobiándolos con sus almibarados relatos o extrayéndoles consejos que luego desoyó y, en todos los casos, haciendo uso de su tiempo.

Este tipo de amor bien podría sustentarse en lo que el psicólogo del comportamiento Daniel Kahneman llama *pensamiento rápido*. Este israelí fue el primer ganador del Premio Nobel de Economía, en 2002, sin ser economista. Obtuvo la presea gracias a sus trabajos sobre las conductas humanas que una y otra vez dan al traste con todas las elaboradas previsiones teóricas de los economistas debido a que estos, embelesados por los números, olvidan a las personas y sus complejas y variadas maneras de pensar. Según Kahneman poseemos dos sistemas de pensamiento. El Sistema 1 es rápido, automático, sin control voluntario, básicamente emocional, recurre permanentemente a la intuición. No procesa la información que le llega del mundo circundante (que incluye a nuestros vínculos), la recibe y actúa. Gracias a él, en muchas oportunidades salvamos la ropa o incluso la vida, pero también por su causa es frecuente que nos arruinemos ambas cosas. El Sistema 2, por su parte, requiere concentración, hace cálculos complejos, reflexiona, examina, es lento, sus conclusiones no son fugaces, es sistemático y controlado. Ambos sistemas están en nosotros, no se trata de optar por uno de ellos, nos constituyen. Sin embargo, debido a que el Sistema 2 es perezoso y necesita atención y esfuerzo cognitivo, suele ser dejado de lado. La mayoría de las interacciones humanas se producen entonces desde el Sistema 1. Este detecta relaciones simples entre ideas, es el reservorio de los

prejuicios, de los preconceptos, de los atajos cognitivos. Primero saca conclusiones y luego busca los argumentos para sostenerlas. Gasta menos energía. El 2, a su vez, demanda mucha más energía y tiempo porque incluye la duda, formula preguntas y refuta las respuestas inmediatas, esas que el 1 acepta con los ojos cerrados. La lentitud de este sistema conduce, dice Kahneman, a la creación de heurísticas.

Las heurísticas son formas simplificadoras de responder a preguntas difíciles evitando el trabajo de explorar lo que estas cuestiones plantean. Hay una heurística del afecto, y consiste en tomar decisiones y hacer elecciones basándose únicamente en lo emocional con la intención de simplificar la vida y el pensamiento, aunque los resultados suelen ser exactamente los opuestos. Y si no que lo digan los «enamorados del amor». Esto obedece a que el Sistema 1 tiende a tomar toda información por verdadera, sin chequeo de algún tipo. El 2, en cambio, tiene la característica de refutar nuestras propias creencias, y pocas personas están dispuestas a desencantarse a sí mismas, así sea como una medida de autoprotección. Por el contrario, impulsándose en el Sistema 1, la mayoría se zambulle en lo que el agudo y sarcástico filósofo inglés Roger Scruton llama falacia del mejor caso posible.

Esta lleva a imaginar siempre la mejor posibilidad (que suele ser la que responde al deseo), sin considerar otras ni contemplar el costo del posible error. Se sostiene en saltos del pensamiento que eliminan la posibilidad del equívoco. La recurrencia frecuente a esta falacia termina por crear una suerte de adicción a lo irreal, apunta Scruton, por la cual se reemplaza al presente por un futuro ilusorio e improbable.

La preeminencia del Sistema 1 sobre el Sistema 2 y la recurrencia a falacias y sesgos cognitivos (formas estereotipadas de pensar que se instalan como hábitos) pueden encontrarse como factores centrales en la etiología del malestar amoroso de nuestro tiempo, que se manifiesta como insatisfacción afectiva, inestabilidad y fugacidad de los vínculos, costosas rupturas, temor a relacionarse, vínculos atravesados por la sospecha, el control, la desconfianza, escepticismo afectivo, sufrimiento emocional, encapsulamiento y retraimiento social y tantos otros síntomas que no obedecen a causas externas y «objetivas», como pueden ser las coyunturas económicas, laborales, familiares o incluso políticas, sino a la que es, quizás, la más caudalosa vertiente de infelicidad: el desencuentro amoroso.

Pan en lugar de perdices

A pesar de todo, insisto en mi afirmación inicial. Las parejas felices existen. Aunque quizás tienen menos prensa y visibilidad que las infelices o las insostenibles. Es entendible que sea así. Quienes están dedicados a construir y vivir un vínculo de buen amor tienen sus energías puestas en esa construcción, dedicadas a esa tarea cotidiana. No son felices para exhibirlo y hacer demostraciones, sino como resultado de un compromiso y una responsabilidad asumidos y experimentados. Por lo tanto nada tienen que demostrar, viven sus vidas. Como en todos los planos, también en el amor, la felicidad es la huella de un camino recorrido y no la mera expresión de un deseo. Las parejas felices no han puesto su meta en la felicidad, sino en mirarse, conocerse, llevar adelante proyectos que les permiten explorar el sentido de sus vidas. Han aprendido a escucharse y, por lo tanto, consiguen que su amor le llegue al amado o a la amada de la manera en que él o ella necesitan ser amados.

Al amar de esa manera el amante enriquece su propio mundo emocional y afectivo y conoce aspectos profundos y muy ricos de sí mismo. Esto no ha ocurrido por arte de magia ni les fue graciosamente concedido. Es producto de un trabajo cotidiano. Porque el amor verdadero, no el de las fantasías y cuentos,

se erige ladrillo a ladrillo, día a día a través de pequeños gestos, de oportunas palabras y miradas, de una escucha sensible. También aprendiendo a resolver desacuerdos. Igualmente en la dificultad y en la frustración. Y, como esas flores empecinadas que asoman entre dos piedras, se templa a menudo en el dolor.

Las parejas felices se constituyen con personas reales, es decir, falibles, imperfectas, incompletas, y no con seres impolutos, coronados por un aura de santidad, heroicidad o divinidad. Personas que han aprendido a desilusionarse la una de la otra, a aceptarse y a redescubrirse en nuevos aspectos y dimensiones. Han construido confianza en el tiempo, han sido incluso mutuamente intolerantes antes de alcanzar la paciencia amorosa. Las parejas felices no comen perdices o quizás solo lo hacen ocasionalmente. Se alimentan con el pan de cada día, que ellas mismas amasan. A veces se agasajan con maravillosos banquetes y otras ingieren solo lo que hay (y suele ocurrir que, en ocasiones, lo que hay es poco). Para comer perdices se toman el trabajo de buscarlas y cazarlas, y eso lleva tiempo, decepciones y peligros. A nadie se le regala una pareja feliz. Quienes la tienen han sido orfebres que trabajaron con constancia, presencia, responsabilidad, inspiración y voluntad en el tallado de esa joya propia y única. León Tolstoi (1828-1910) abrió *Anna Karenina*, obra maestra imperecedera, con uno de los

grandes comienzos de la literatura universal: «Todas las familias felices se parecen, mientras que las desgraciadas lo son cada una a su manera». En el caso de las parejas felices, en cambio, se puede decir que cada cual es única mientras que la infelicidad amorosa se funda habitualmente en las mismas y repetidas causas.

Felicidad en la tierra

El filósofo francés André Comte-Sponville brinda una bella e inspirada descripción de lo que es una pareja feliz. «No es –dice– la unión de un hombre y una mujer (o dos hombres o dos mujeres) que han hallado el secreto de la pasión perpetua (...) no es una pareja que ha sabido transformar la falta en alegría, la pasión en acción, el amor loco en amor sabio (...) es una pareja en la que cada uno se alegra de la existencia del otro, del amor del otro por él y por la alegría que hallan juntos, aunque haya días mejores que otros, alegría por habitar el mismo lugar, por vivir el mismo presente y la misma intimidad sin igual.»

Nada de esto quita, sin embargo, que esas parejas discutan, que tengan ruidosos desacuerdos, que pierdan en algunos momentos la paciencia el uno respecto del otro, que vean naufragar proyectos. Solo puede conocer la felicidad quien padece también el dolor y

la desazón. Si no, ¿cómo reconocerla? Una pareja feliz no lo es de una vez y para siempre, como no lo es una persona. Su logro son los momentos de felicidad, que tanto pueden durar un instante, una tarde, o concentrarse en una mirada, una caricia, un encuentro de los cuerpos, o en el logro de una meta, en la superación de un momento difícil, en un período de armonía o simplemente en la comprobación de la belleza del acompañamiento.

Las parejas felices suelen ser tan terrenales, tan corpóreas, y suelen habitar escenarios tan comunes y ordinarios, que terminan por pasar inadvertidas. No, nadie agobia a sus amigos y conocidos con interminables relatos acerca de su propia felicidad amorosa. Quien está bien con otra persona está bien consigo mismo, no necesita huir permanentemente de sí para descargar su malestar en otros oídos u otras espaldas. Esto no significa que prescindir de los otros y se encapsula en su propio bienestar de una manera egoísta. Al contrario, quien está mal, quien se siente frustrado, quien padece de un acusado malestar emocional y afectivo tiene dificultad para registrar al otro, para salir de su sufrimiento, para abrirse al relato ajeno.

Quien se siente feliz tiene tiempo y hospitalidad para escuchar, para recibir a los otros, incluso en la aflicción que los aqueja, y puede esperar hasta el final

para hablar de su estado. No será mucho lo que diga, pero será real, cargado de verdad. La verdadera felicidad es discreta, se instala en silencio y fluye. No es estentórea y superficial como la diversión, no necesita manifestarse a cada segundo perseguida por la preocupación de no ser real. Corre como un río subterráneo y emerge periódicamente sin desbordes.

¿Cuál es el secreto? No lo hay. No existe una fórmula a adquirir, algo externo que lo promueva. La felicidad no se compra hecha y no hay persona que llegue a la vida de otra con la felicidad debajo del brazo. Como el mismo amor, la felicidad es también una construcción. Y en todo lo que los humanos construimos empleamos la inteligencia. Las parejas felices han puesto la inteligencia al servicio del amor. De eso se trata. El amor feliz es un amor inteligente. Y existe.

CAPÍTULO 2

El encuentro de la inteligencia y el amor

Si no consta una definición absoluta y definitiva del amor (cada quien, desde los poetas hasta los teólogos, pasando por psicólogos, filósofos o neurocientíficos, aporta la suya), tampoco la hay de la inteligencia (también con ella se multiplican las fuentes que intentan especificarla). Así las cosas, me permito agregar las mías. En el caso del amor, considero que es una construcción afectiva interpersonal que se levanta a partir de acciones concretas por medio de las cuales esta energía especial, nutricia y sanadora, llega de una persona a la otra del modo en que esta lo necesita (hablo de verdadera necesidad y no de arbitrario deseo).

Al mismo tiempo, esta construcción solo es posible cuando ambos amantes participan de ella con idéntica responsabilidad y compromiso. Como ya hemos visto, abundan quienes llaman amor a una simple ilusión en la cual la participación y correspondencia del otro es inexistente o meramente utilitaria.

En cuanto a la inteligencia, nada tiene que ver con cocientes intelectuales, información acumulada, nivel cultural, habilidad oratoria, ingenio u otros elementos secundarios y distractores, sino con la capacidad de un individuo para responder funcionalmente, a partir de sus atributos naturales, a las circunstancias que la vida le va planteando a lo largo de su existencia. Por supuesto, los instrumentos adquiridos a través de diferentes aprendizajes ayudan, y los más inteligentes harán un mejor uso de ellos, pero estas herramientas son complementarias y no esenciales. La inteligencia no vale por su peso ni por su medida (aunque se siga insistiendo en abordarla así y se invoquen para ello dogmas científicos) lo cual podría ser demostrado por el hecho de que algunos individuos supuestamente inteligentes desde las definiciones más ortodoxas (es decir, munidos de información, estudios, lecturas, bibliotecas, elevado cociente intelectual, notas escolares y académicas altísimas y desempeños profesionales o laborales brillantes) son incapaces de resolver con funcionalidad situaciones de orden existencial, mientras otras perso-

nas sin tantos lauros valorados por la mirada externa y social demuestran la sensibilidad y percepción suficientes como para atravesar de manera superadora las vallas que aparecen en la marcha por la vida.

En su ya clásico trabajo *La inteligencia emocional*, el doctor en filosofía y divulgador científico Daniel Goleman oxigenó el paradigma clásico de inteligencia al advertir precisamente que estudios de campo habían demostrado cómo personas que habían obtenido los promedios más altos en las universidades incluidas en la Ivy League (el término Ivy League se utiliza para hacer referencia principalmente y de manera general a un grupo de ocho universidades del noreste de Estados Unidos, entre las que se cuentan, por ejemplo, Harvard y Yale, y es sinónimo de excelencia académica) y que ostentaban elevados cocientes intelectuales no habían alcanzado performances destacadas en su vida profesional ni tampoco niveles de felicidad apreciables en su vida privada, es decir, relaciones de amistad, de familia, amorosas y captación del sentido de su existencia. «Y ese es el problema –acota Goleman–: la inteligencia académica no ofrece prácticamente ninguna preparación para los trastornos, o las oportunidades, que acarrea la vida.»²

2 Daniel Goleman: *La inteligencia emocional*, Javier Vergara, Buenos Aires, 1995.

Un precursor en el cuestionamiento del concepto clásico de inteligencia fue, hacia 1983, Howard Gardner, entonces psicólogo de la Universidad de Harvard. Gardner descartó la idea de que la inteligencia fuera una y homogénea e introdujo el concepto de *inteligencias múltiples*, según el cual diferentes formulaciones de aquella se manifiestan en otros tantos campos de la experiencia de un individuo. Así, habría una inteligencia lingüística y verbal, otra musical, otra lógica y matemática, otra espacial, otra corporal y cinestésica, otra interpersonal y otra intrapersonal.³ Si se acepta esta categorización, las dos últimas inteligencias serían las más directamente vinculadas al amor. La primera se aplica al conocimiento y la comprensión de los otros, de sus estados de ánimo, al registro de sus necesidades y a la construcción de vínculos con ellos.

La inteligencia intrapersonal, por su parte, se manifiesta en el autoconocimiento, en la posibilidad de explorar y reconocer los propios estados anímicos, emociones, sensaciones y necesidades, así como en los recursos para actuar de acuerdo con ellos y para poder expresarlos. Aunque Gardner enumeraba siete tipos de inteligencia, reconocía también que el número era arbitrario y que en cuanto se pusiera atención a las conductas humanas seguramente sería posible

3 Howard Gardner: *Inteligencias múltiples*, Paidós, Barcelona, 1998.